

CAPITULO II.

Preguntas maliciosas.



Se llamaba Antonio Robles, y podria tener unos treinta y cuatro años.

Desentendiéndose desde los primeros momentos de la vida aventurera de sus camaradas, pensando más de lo que convenia á su situacion en su patria y en su familia; aunque se batió como los demas en Tabasco, cayó al llegar á Zempoala en el mayor desaliento, se puso enfermo, y Hernan Cortés le concedió licencia para que acompañase á Montejo, y si no mejoraba de salud, se quedara en España.

Al desembarcar quedó en Sevilla, en tanto que Montejo buscó al rey para desempeñar cerca de su persona la mision que le habia confiado Hernan Cortés.

Apénas se vió en tierra, y sobre todo apénas recuperó el aire natal, recobró la salud, pero se halló sin recursos.

Durante muchos dias la curiosidad que inspiraban las reseñas que hacia de sus viajes le proporcionaron sustento y hospedaje.

Pero poco á poco fueron cansándose los curiosos de oirle, y sobre todo de admirarle, y salió de Sevilla con ánimo de presentarse al rey para implorar su caridad.

Fué mendigando hasta Madrid, y allí, en la mayor miseria, llamó á la puerta de un convento para implorar una limosna.

Apénas supo el guardian que regresaba de las Indias, le abrió las puertas del convento, porque en aquella época inspiraba á todos los españoles viva curiosidad lo que pasaba al otro lado

del Océano, y se tenia por una gran fortuna conversar con algunos de los que habian vivido en aquellas lejanas tierras.

Estuvo Antonio Robles regalado durante algunos dias, y como manifestó su deseo de ir á echarse á los piés del monarca para pedirle proteccion, el guardian le dió recomendaciones para los conventos de la misma órden del suyo que hallaria en el camino; y dando á todos ellos noticias de sus viajes, pasó más de dos meses de comunidad en comunidad, regalado siempre.

Habia ido el rey á Barcelona, y allí se encaminó el soldado.

En un convento de Zaragoza, despues de oirle contar su vida y milagros, el superior mostró vivo interes por su suerte, y le dijo:

—Permanecereis aquí algun tiempo, porque quiero recomendaros á un prelado que tiene gran valimiento con el rey, y si él os toma por su cuenta, podeis decir que habeis hecho vuestra suerte.

Antonio Robles agradeció en extremo esta deferencia, y seguro de que le valia más tardar en presentarse al rey con tal de que le recomendara al prelado, aguardó con calma las órdenes de su protector.

Este fué quien anunció al arzobispo de Búrgos la llegada á su convento de Antonio Robles, y con carta suya fué desde Zaragoza á Valladolid el soldado en cuestion.

Robles era un hombre vulgar.

Estimaba á Hernan Cortés, porque habia peleado á sus órdenes, porque habia corrido con él algunos peligros, y sobre todo, porque habia admirado su valor.

Pero soldado mercenario, sin entusiasmo por la causa que defendia, sin más esperanza ni más estímulo que los soldados, y considerando la guerra como una ocupacion, como un trabajo, como un deber penoso, no comprendia la importancia de la conquista de México, estaba satisfecho de haber abandonado aquellos países salvajes, y si le alegraba haber estado en ellos por la

importancia que se daba al referir sus aventuras, estaba muy contento de haber vuelto á su patria; y al envidiar la gloria de los que habian sido sus compañeros, lo único que sentia, en el caso de que triunfasen, era que no le alcanzase una parte del botin.

Robles, al presentarse al arzobispo de Búrgos, solo iba preparado para buscar el medio de ganarse la vida, valiéndose del favor que podia dispensarle aquel alto personaje.

Llegó, pues, á Valladolid á los dos ó tres dias de la entrevista que celebraron el arzobispo de Búrgos y el señor de Chievres.

El guardian del convento de Zaragoza le habia proporcionado recursos para que llegase hasta Valladolid.

Pero seguro, por lo que le habia dicho de que el arzobispo le hospedaria en su casa y le socorreria, jugó el poco dinero que le quedaba en una venta, y llegó á Valladolid con mucha necesidad de presentarse inmediatamente al prelado.

Hizolo así, en efecto, y declarando, porque la necesidad le apremiaba, que aun estaba en ayunas, dispuso su protector que su cocinero le pusiese en disposicion de contestar categóricamente á las preguntas que tenia que hacer.

Cuando hubo descansado el viajero, pidió licencia al arzobispo para hablar de su pretension.

—He leído la carta que me habeis traído, le dijo Fonseca, y por ella veo que habeis estado en las Indias.

—Sí, eminentísimo señor.

—Y ¿cómo habeis vuelto?

—Yo no sé mentir, y ménos delante de vuestra eminencia. Es verdad que en las Indias logran los capitanes grandes ventajas; pero los soldados solo conseguimos pasar hambre, vivir lejos del mundo, y recibir á lo mejor un flechazo para no poder descansar en tierra sagrada.

—¿Es decir, que no deseais volver allí?

—¡Ay! No, señor; me parece mentira haber vuelto á mi patria.

El arzobispo le dijo que en vista de su angustiosa situacion, le tomaba á su servicio hasta que pudiera tener ocasion de recomendarle al monarca por los servicios que habia prestado consiguiéndole algun empleo ó cargo de mayores ventajas.

Agradeció en extremo Antonio Robles aquella proteccion, é iba á pedir licencia al arzobispo para retirarse, cuando éste, obediendo á una idea del momento:

—No te retires, le dijo, tuteándole ya por formar parte de su servidumbre; quiero hacerte algunas preguntas.

—Mande vuestra eminencia lo que guste á su siervo.

—He oido hablar de Hernan Cortés á muchas personas. Cada cual le ha pintado á su manera.

Tú que de seguro no tendrás prevencion alguna contra él, vas á decirme si es tan valiente como suponen.

—¡Oh! Muy valiente, exclamó Antonio Robles, recordando las proezas que habia visto ejecutar á su antiguo jefe.

—Pero ¿qué es lo que pasó cuando salió de Santiago de Cuba para esa expedicion?

—Si he de deciros la verdad, yo no estoy enterado de todos los pormenores.

Unicamente recuerdo que en la Habana nos anunciaron que el gobernador de Santiago de Cuba habia mudado de opinion, y que queria quitar el mando de las tropas á Hernan Cortés: para someterle á su obediencia, envió orden al alcalde de la Habana.

Hernan Cortés habló con los capitanes que llevaba éstos á su vez hablaron con nosotros, y todos aceptamos obedecer al que era nuestro jefe.

—¿Luego hubo rebeldía de su parte?

—Así parece.

—¿Y los capitanes estiman mucho á Cortés?

—Mucho; y eso consiste en que es muy campechano.

Mire vuestra eminencia, no ha dado un solo paso sin consultarlo con todos nosotros. Y aun hay más.

—¿Qué? Habla.

—Cuando el gobernador de Cuba, dijo Robles, quiso quitarle el mando:

—«Yo no conozco, dijo, más autoridad que la de mis capitanes y la de mis soldados.

Y dirigiéndose á todos nosotros:

—«En vuestras manos, añadió, deposito el baston del mando que me han dado.

«La expedicion hemos de llevarla á cabo, porque nuestro amor propio está empeñado en ello.

«Pero yo obedeceré como el último soldado si confiais el mando á alguno de los presentes.»

—Y todos le aclamarian, ¿no es eso? exclamó el arzobispo de Búrgos.

—Pues ¿cómo habíamos de atrevernos á convertirle en un simple soldado, ó siquiera en un capitán?

—¿Y qué tal hombre es?... ¿Será orgulloso?

—No lo crea vuestra eminencia. Su principal esmero consiste en asemejarse en todo y por todo al último soldado.

En muchas ocasiones ha comido peor que nosotros.

—Eso lo haria para captarse vuestra voluntad.

—Tal vez; pero el hecho es que á los soldados nos gustaba mucho verle pelear á nuestro lado cuando era preciso, y cuidar-nos como si fuéramos hijos suyos, lo mismo en la travesía que al saltar en tierra.

—¿No estaba casado Hernan Cortés? prosiguió preguntando el arzobispo.

—Dicen que sí; pero un compañero mio me contó que al embarcarse envió á España á su mujer.

—Es cierto; la envió á España, y la tiene abandonada.

—¡Bah! Las mujeres no sirven de nada para la guerra.... Aunque miento como un bellaco, porque la verdad es que á una

mujer ha debido Hernan Cortés gran parte de sus últimos triunfos.

—¡A una mujer!

—Sí por cierto; á una india. La hallamos en Tabasco, y se echó á las plantas de Hernan Cortés.

Yo no sé qué contaron de su historia.... Desde entónces se aplicó tanto á aprender el castellano, y acogió con tanta fe la religion cristiana, que por ella hemos podido entendernos con todo el mundo y conocer el flaco de los enemigos.

—¿Qué circunstancias tiene esa mujer?

—Es la más guapa de todas las indias que hemos visto.

—¿Lo que quiere decir, que será la manceba de Hernan Cortés?

—¡Peh!... Acá para mis adentros, yo creo que sí, porque ella es, con perdon de vuestra eminencia, capaz de cualquiera cosa.

—Pero si ellos se entienden es con recato.

—Está bien, añadió el arzobispo. Veo que eres buen muchacho, sincero sobre todo, y me propongo protegerte.

—Dios se lo pague á vuestra eminencia.

—No te pesará el haber venido á verme.

—Esa era al ménos mi esperanza.

—Pues retírate, y ya te avisaré cuando llegue el caso.

—Soy muy agradecido, y bástame que vuestra eminencia se halla compadecido de mí, para que yo esté dispuesto á hacer por vuestra eminencia toda clase de sacrificios.

De esta manera terminó el diálogo entre el arzobispo de Búrgos y el antiguo soldado de Hernan Cortés, Antonio de Robles.

El primero habia logrado averiguar un dato preciosísimo.

Hasta entónces no se conocía á Hernan Cortés más que como un rebelde.

Despues de las noticias que le habia dado Robles, podia presentarle á los ojos del monarca y de los altos funcionarios que

influyan en el ánimo del rey, como un libertino, como un perjuro toda vez que sostenia relaciones, estando casado, con otra mujer, que por añadidura no profesaba sa misma religion.

Quedóse largo tiempo solo, y como la soledad trae la meditacion, instigado por el deseo que tenia de favorecer á Velazquez y perjudicar á Hernan Cortés:

—Si es tan valeroso como suponen sus soldados, se dijo, es muy posible que cuando el capitán Pánfilo de Narvaez haya llegado, en vez de encontrarle en Zempoala, haya avanzado hasta el imperio de México.

En este caso, será más fácil someterle á la obediencia; pero por lo que pueda suceder, conviene estar prevenido, y yo creo que la persona que mayores servicios puede prestarnos en esta ocasion es la misma esposa de Hernan Cortés.

Es necesario averiguar por qué motivos viven separados; es necesario averiguar si ella sabe las relaciones ilícitas que con esa india tiene su marido, y en vista del carácter que tenga su esposa, aprovechar los celos que naturalmente se despertarán en su alma para que contribuya de una manera más eficaz que puede hacerlo un ejército á satisfacer los deseos de Diego de Velazquez.

Algunos dias despues volvió el señor de Chievres á visitar al arzobispo.

—He llegado á tiempo, le dijo, para evitar que la solicitud de los padres de Hernan Cortés sea presentada al emperador.

—Perfectamente; yo he hecho otras averiguaciones, de las que me propongo sacar gran partido.

—¿Puedo saberlas?

—Todavía no. Dejad á mi cuidado la ejecución del plan que me han sugerido ciertos datos. Yo os aseguro que si sale como espero, quedaremos completamente satisfechos.

Estas palabras apaciguaron la curiosidad del señor de Chievres.

El arzobispo necesitaba un hombre para que comenzase á poner en ejecución su proyecto.

Este hombre le tenia á su lado,

Era uno de sus pajes.

CAPITULO III.

El paje del arzobispo de Búrgos.



L paje en quien habia puesto sus ojos el arzobispo de Búrgos para que le ayudase á ejecutar sus planes, se llamaba Anton Perez.

Podia tener entónces unos veintidos años, y á pesar de su corta edad, revelaba una inteligencia superior y un exquisito tacto para los asuntos de la vida.

Hijo de una pobre lavandera de Valladolid, quedó huérfano cuando apenas tenia cuatro años, porque su padre habia muerto como buen soldado en las guerras de Italia, y su madre pereció en una peste que asoló la ciudad, diez y ocho años ántes del en que pasa la accion que vamos describiendo.

Desde luego eligió el arzobispo á Anton Perez como el más á propósito para llevar á cabo su proyecto.

—Ven acá, hijo mio, le dilo un dia; necesito de tu auxilio para un asunto de la mayor importancia.

—Ya sabe vuestra eminencia que estoy siempre á sus órdenes, dijo con humildad el paje.

—Siempre es grato para nosotros traer al redil la oveja descarriada.

No hay un pecador que no reclame nuestra asistencia.

Ahora bien, hijo mio: se trata de salvar á un pecador y de hacer un bien, aunque en la apariencia resulte lo contrario.

—Mandad, y obedeceré.

—Ya has oido hablar de Hernan Cortés varias veces. Sabes que contra la voluntad del gobernador de Santiago de Cuba, y

por consiguiente del rey nuestro señor, ha emprendido la conquista de un vasto territorio.

—Algo sé de eso.

—Pues bien: no se trata de su rebeldía. Ese hombre, ántes de partir, contrajo matrimonio con una dama de Santiago de Cuba; pero la abandonó, y segun mis noticias, sostiene relaciones ilícitas con una india.

—¡Qué horror! exclamó Perez, santiguándose.

—Su esposa, contestó el arzobispo, segun las averiguaciones que he podido hacer, está en España.

—E ignorará tal vez....

—Lo ignora todo.

—Pobre señora.

—Vive pobremente con los padres de Hernan Cortés.

—¿Y qué desea vuestra eminencia?

—Una cosa muy sencilla: en primer lugar, conocer las causas de ese abandono, de esa separacion.

Despues tener noticia del carácter de la esposa de Hernan Cortés, de la situacion en que se encuentra, los pensamientos que abruga; y por último, si lo ignora todo, como supongo, buscar una ocasion en que revelarla la su desdicha para incitarla á apartar á su esposo del peligro en que está.

—¡Noble deseo!

—Tú, hijo mio, vas á encargarte de realizar mis propósitos.

Lo más pronto posible vas á ponerte en camino para Medellín.

Allí vive la esposa de Hernan Cortés, como te he dicho ántes, con los padres de su marido.

Fácilmente podrás ingerirte en su casa.

Los padres de Hernan Cortés han elevado una solicitud al monarca pidiéndole socorros.

Tú se los llevarás, no de parte del monarca, sino de Hernan Cortés, su hijo.

—Sí, ya comprendo, dijo el paje.

—En ciertas ocasiones es necesario emplear la imaginación, y hasta prescindir de la verdad, para hacer bien, repuso el arzobispo de Burgos.

—Desde luego.

—Tú has podido conocer en Sevilla á algunos de los que han regresado de los países en donde se halla Hernan Cortés con su enviado Francisco de Montejo; ese hombre ha podido caer enfermo, y temeroso de morir, ha podido confiarte que Hernan Cortés le dió una cantidad para sus padres, encargándote tú de ponerla en sus manos.

—Perfectamente.

—Si la esposa, comprendiendo el peligro que corre su marido, encontrase algun medio de ir hasta donde él se halla, y allí, impulsada por los celos, que son siempre malos consejeros, desesperada al ver que no podía apartarle de la senda que le conduce al abismo....

—No diga más vuestra eminencia; me parece que he adivinado todo su plan.

—Yo me intereso vivamente por don Diego de Velazquez, el gobernador de Santiago de Cuba, y Hernan Cortés es su enemigo.

Disponedlo todo para partir mañana.

Al día siguiente se puso en marcha Anton Perez, llevando bien repleta la bolsa para atender á las eventualidades de su misión.

Ocho días tardó en el viaje, porque necesitó, para dar mayores visos de verdad á su fábula, ir primero hasta Huelva, y desde allí buscar un arriero que le condujera á Medellin y que pudiera atestiguar su procedencia.

La casualidad quiso que al llegar á Huelva estuviese allí esperando ocasión de regresar á su casa el famoso arriero á quien ya conocen nuestros lectores con el nombre del tío Picos-Pardos.

Alojóse Anton Perez en una casa, y despues de anunciar al posadero que llegaba de Sevilla:

—Necesito marchar á extremadura, le dijo, y si sabeis de algun arriero que vaya allí, os agradeceré que me lo aviseis.

—Su merced llega en buena hora, dijo el ventero. Hace dos días que ha llegado con carga un arriero de los que mejor conocen el camino, y está aguardando, para no volver de vacío, á que haya quien le diga por ahí te pudres.

—¿Y á qué punto va de Extremadura?

—A Medellin.

—¿Qué casualidad! A esa misma ciudad voy yo.

—Pues le viene á su merced de perlas.

—Habladle cuanto ántes, y que me avise cuándo podemos ponernos en camino.

El posadero bajó al hogar, y allí encontró al tío Picos-Pardos, que era tambien su huésped.

Le anunció los deseos de Anton Perez, y el tío Picos-Pardos, frotándose las manos.

—Llévame á su hospedaje para que hagamos el ajuste, y que yo tome sus órdenes.

El trato quedó cerrado en breve, y convinieron en ponerse en marcha al día siguiente de madrugada.

Nuestros lectores recordarán que el tío Picos-Pardos no habia nacido para trapense, ó lo que es lo mismo, que hablaba por los codos.

—Aunque vuestra merced perdone, dijo á Anton Perez apenas salieron de la ciudad, ¿es su merced clérigo tan joven?

—Todavía no lo soy; pero como si lo fuera, porque me he criado en un convento y me falta muy poco para tomar las órdenes.

—¿Qué fortuna la de vuestros padres tener un hijo que se consagra á la Iglesia!

—Mis padres han muerto.

—Tanto peor para ellos y para vos. Pero según me han dicho, llegabais de Sevilla, y no teneis el acento sevillano.

—Soy castellano viejo.

—¡Ah! Vamos; habrá ido su merced á Sevilla para asuntos....

—Sirvo en calidad de paje al arzobispo de Búrgos, que es también el primado de las Indias, y me mandó su eminencia á Sevilla con encargos, y allí me han confiado la misión que voy á realizar á Medellín.

—Apuesto cualquiera cosa á que se trata de Hernan Cortés dijo el tío Picos-Pardos.

—¿Le conocéis vos?

—¡Que si le conozco! Tanto ó más que sus padres.... Es de mi pueblo, de Medellín, y ya de chiquitico; chiquitico no; pero, vamos, de mozo, le llevé á Salamanca en uno de mis mejores mulos, mucho mejor que el que lleva su merced, que ahora hasta parece que se han acabado las buenas bestias. Y vamos, le he tomado ley. ¿Coi que me he equivocado, ó no?

—No por cierto; pero siento que hayais adivinado la causa de mi viaje, porque yo hubiera querido guardar el mayor secreto.

—Pues figúrese su merced que lo ha echado todo en un pozo. Con que me diga su merced si está bueno ó malo, y si le va bien ó mal, ya estoy contento.

—Le va bien, muy bien.

—Pues eso me pone tan alegre como una pascuas. En cuanto lleguemos y lo sepan doña Catalina y don Martin, sus padres, dos pobres viejos, pero que todavía andan muy derechos, y sobre todo cuando lo sepan su mujer y su hijo....

—Es necesario que no lo sepan por vos.

—Tiene razón su merced.

—Para que el tío Picos-Pardos se olvide de lo que ha adivinado, tengo yo una receta, dijo Perez.

—¿Cuál?

—Ahí va, dijo, alargándole unas cuantas monedas.

—¡Bien dicen que los que estudian saben mucho!

—Más sabéis vos que yo, y conviene que los dos sepamos lo mismo.

—No comprendo lo que quiere decir su merced.

—Deseo dar una agradable sorpresa á los padres de Hernan Cortés, y yo desearia, por lo tanto, que no supiesen el objeto de mi viaje hasta un momento oportuno.

—Nada más fácil.

—¿Podriais vos hospedarme en vuestra casa?

—Con alma y vida.

—Pagaré bien mi hospedaje.

—¿Quién duda eso?

—Pues en ese caso, figuraos, repito, que no sabéis absolutamente nada, y que voy á Medellín, porque los médicos me han mandado que tome aquellos aires para restablecerme de una enfermedad que he padecido. De esta manera tendré ocasión, sin ser sospechoso, de ver de cerca á los padres y á la esposa de Hernan Cortés, y entonces, cuando yo crea llegada la ocasión de hablarles, les hablaré.

—Pues nada, es cosa hecha.

Convenidos los dos, realizaron su convenio al llegar á Medellín, y aunque no tardó todo el mundo en saber que habia en la villa un forastero, el tío Picos-Pardos desempeñó tan bien su papel, que lo más que dijeron las gentes fué:

—¡Pobrecito! ¡Ojalá se ponga bueno respirando estos aires!

Como Anton Perez no podia perder mucho tiempo, despues de averiguar la existencia del viejo criado Meliton, convencido de que aquel hombre podia auxiliarle en su empresa, se proporcionó una entrevista con él, para la cual sirvió de gancho el arriero.